El estanque de los diez peces dorados

Emanuel Ruffa

Capítulo 1

Tu historia, probablemente, no sea diferente de la mía. Creo que siempre pensamos que tenemos mucho para contar, pero la verdad es que en general ya está todo dicho. Una hoja no cae dos veces del mismo árbol, tampoco de otro diferente. Tu historia, y lo digo casi con seguridad, no es diferente a la mía pero de todas formas la quiero compartir. Compartir por el hecho de entregar algo a alguien, de ejecutar ese mecanismo de delegar sobre alguien o algo las emociones, realidades, vivencias, la vida. Contarte una parte y resumir el resto sería lo más fácil, también lo más cobarde. Porque en los detalles, en los pequeños detalles es en donde realmente nos mostramos como somos. Es muy sencillo ser auténtico cuando es uno el que sostiene la espada y apunta hacia la pared. Es muy sencillo decir que es un lindo cuadro, que es una obra de arte preciosa, jamás vista, cuando en realidad ni siquiera nos detuvimos a mirar qué se oculta más allá del tramado y los colores.

Por las mañanas siempre suelo despertar con dolor de cabeza, es algo corriente a estas alturas para mí. No es nada que una aspirina y un Speed no puedan solucionar. A esto habría que sumarle que estamos en invierno, y que realmente lo odio. Pero no lo odio como se puede odiar a alguien que uno apenas conoce, no. Lo odio como odiaría al asesino de los hijos que no tengo. El punto es que me duele mucho la cabeza, ya me tomé dos aspirinas y medio Speed y no pasa nada. Mientras busco las llaves —porque realmente no sé dónde las dejé ayer— el perro se despierta y empieza a jugar conmigo. Es cachorro. Me muerde las medias, me las engancha con esos dientes chiquitos y filosos que tiene, me lastima, me sale un poco de sangre de la pantorrilla ahora, me rompe un nuevo par de medias. Las llaves siguen sin aparecer. El teléfono no para de sonar, es ella. No la atiendo, no puedo atenderla ahora, estoy buscando las llaves mientras el perro me sigue mordiendo el talón izquierdo. Y el teléfono sigue sonando y yo que no puedo atender. En la pausa, que supongo que se genera porque corta e intenta llamarme de nuevo, aprovecho para apagar el celu. Dentro de un rato veo cómo resuelvo ese tema. Estoy casi listo para salir pero todavía me faltan las llaves. El perro se quedó con lo que quedó de mi media, así que me puse otro par que encontré en "el cajón de la ropa de ocasión". Lo llamo "el cajón de la ropa de ocasión" porque es donde guardo todas las prendas que voy encontrando tiradas por la casa. Y mientras te explico esto, me acuerdo de que ayer dejé las llaves en el saco gris, ¡La puta madre! ¡Qué memoria de mierda que tengo! Tuve que perder más de veinte minutos y las llaves estaban en el bolsillo derecho del saco que tengo puesto. Así arrancó mí día, tal y como arrancan todos los demás.

La cosa sigue así: tengo unas cuatro cuadras hasta llegar a la parada, así que aprovecho y me prendo un cigarrito. Esta es especial, me la trajo un amigo de Holanda. Para que no piensen que soy el típico pelotudo que

fuma por la calle para que todo el mundo lo vea, mi amigo me regaló una pipa que no produce ni humo ni olor. Uno de esos grandes inventos europeos —quiero aclarar esto porque realmente detesto cualquier tipo de manifestación pública premeditada—. La cuestión es que entre tanto pensar y hablar conmigo mismo, ya estoy en la parada del colectivo. Calculo que tendré unos veinte minutos más. Aprovecho y guardo todo en la valija. Hace un frío de novela, casi que ni siento las manos. Y hablando de manos, no tengo más lugar en el bolsillo de todo lo que tengo guardado para poder meterlas bien. Ahí es cuando me doy cuenta de que me olvidé de prender el celular. Me debe estar puteando, puteando de verdad. Lo prendo. Ocho llamadas perdidas y cuatro mensajes de texto. Ahora me caen diez mensajes seguidos de Whatsapp. Un monólogo de obvieadades continúan la escena: "¿me atendés, por favor?", "¿qué pasa que no me atendés?", "llamame cuando puedas", "¿para qué tenés un celular si no lo usás?", "ni te molestes, ya está", "¿me llamás?", "olvidate de todo lo que te dije, ni te gastes en llamarme porque no te pienso atender", "sos un pelotudo", y la lista podría seguir unas cuantas hojas más, pero eso terminaría de transformar este relato en una nouvelle y no tiene sentido alguno. Estúpidamente, la llamo. Como era de esperar, me atiende, no me deja hablar durante el primer minuto y me putea, me pregunta por qué tardé tanto en atenderla y en llamarla. La verdad es que estoy en otra historia, otra sintonía. Recién se me acaba de ir el colectivo porque estaba colgado mirando cómo el agua de la zanja fluía pegada al cordón, tan veloz, como un acaudalado río en miniatura en una ciudad gigante, tan tranquilo que me llena de calma, me saca por un rato de esta locura, de esta rutina, de este mundo tan sistemático y cotidiano. Y de fondo escucho su voz, bla bla bla, esa voz ronca que me fastidia demasiado escucharla desde tan temprano. Pero vuelvo la mirada al río y todo es armonía y sosiego. El frío poco a poco merma, el sol se refleja con más fuerza sobre la superficie y el agua se vuelve mucho más cristalina. Los peces juegan sobre la orilla ahora, y luego se alejan. Diez peces. Diez peces dorados y un estanque llenan mi vista. La brisa, suave y pasajera, me despeina. Es un día hermoso. Arriba el sol resplandece amarillo, y mi cigarrito que se vuelve a encender. Me acomodo bajo la sombra de un árbol, dejo las cosas a un costado y me pongo a fumar. Cierro los ojos y me imagino por un momento qué sería de mí sin esta paz, sin este sol, sin esta brisa, sin este cielo, sin este estanque de peces dorados. Me río. Me río a carcajadas y disfruto de mi soledad. Acá, en el campo, la vida se vive realmente muy relajada. Por suerte es mediodía, y todavía queda mucho por disfrutar.